

dos, se reconoce que estos principios están cada vez mas velados por el predominio de la materia, y sobre los mundos inferiores, en donde la humanidad apenas ha avanzado algunos pasos en la senda de la perfeccion, las tendencias primitivas de la animalidad dominan y se oponen al desarrollo de los afectos del alma. Es, mas en grande, el espectáculo que se manifiesta en pequeño en nuestra propia residencia. El espíritu se eleva tanto mas cuanto mas se desprende del dominio de las cosas corporales, al mismo tiempo que se instruye en el conocimiento de la verdad y de la moral. Esta nocion que toda conciencia humana lleva en si, es apenas sensible en el alma primitiva, donde está confusamente mezclada á los instintos groseros; mas tarde se hace evidente, se desprende y sirve de hilo conductor al hombre que se perfecciona. De este modo es el lazo universal que une á Dios todas las razas del espacio.

El mundo de la Tierra está situado entre los rangos inferiores de esta especie de gerarquía moral. Considerándolo en este lugar, dejamos que la obra divina se manifieste en toda su grandeza. Ya no reniega el pesimista del nombre del Primero de los séres, porque sabe que cada cosa tiene su puesto marcado en el orden de la creacion, y que la naturaleza es una inmensa ascension de los séres hácia Dios. El universo está completo por si mismo; la naturaleza inteligente está intimamente ligada á la naturaleza física; ambas se completan mutuamente; aisladas, su existencia seria estéril; reunidas, son la expresion viva del Pensamiento divino. Para el que cree en la enseñanza de la Pluralidad de Mundos, el orden de las inteligencias se engrandece así como el orden de los séres corporales, la vida universal anima á uno y otro, y la obra de Dios, infinita en sus desarrollos sucesivos, aparece á los ojos del alma como la mas grandiosa, como la mas bella de las imágenes que nos sea dado concebir.

III

LA HUMANIDAD COLECTIVA.

Las razas de los otros Mundos y la raza de la Tierra son una sola humanidad. — El hombre es el ciudadano del cielo. — La familia humana se extiende, mas allá de nuestro globo, en las tierras celestes. — Parentela universal. — Pluralidad de Mundos y pluralidad de existencias. — La eternidad futura no es otra que la eternidad actual. — Regiones de la inmortalidad. — Últimas consideraciones sobre la doctrina de la Pluralidad de Mundos.

Hemos estudiado el universo bajo su doble aspecto: bajo su aspecto físico, en la grandeza de los objetos y en la armonia de las leyes que los rigen; bajo su aspecto moral en la vida intelectual de los séres que lo habitan.

Los mundos han recorrido bajo nuestros ojos el ciclo de sus inmensas revoluciones; se han presentado á nosotros en su estado real, con los elementos que constituyen su individualidad, con las riquezas variadas que los distinguen. En su superficie hemos reconocido la existencia de razas de diferentes órdenes segun el mundo á que pertenecen.

Y en este doble cuadro, la vida nos ha parecido circular por todas partes, como torbellino invisible animando á cada átomo de materia. El espacio infinito que se extiende sobre nuestras cabezas ya no está vacío, silencioso, desierto para nosotros; ya no nos es indiferente. Es la arena en donde se efectúan los pacíficos combates de la eterna Vida; es el campo donde germi-

nan las espigas de oro, donde se abren las flores brillantes de esta vida sin fin, cuya fecunda fuerza tiene algo de infinito, de eterno, como su Autor.

Nuestro espíritu se ha engrandecido á medida que se ha desarrollado la esfera de nuestras investigaciones; y nuestros pensamientos, desprendiendo sus alas de los lazos que los sujetaban á la terrestre morada, han volado hácia el cielo, en donde se han enriquecido con nuevos conocimientos, resultado de las conquistas de su ardiente vuelo. Nuestro corazon mismo, no ha permanecido extraño á estas investigaciones, y mas de una vez la sublimidad del espectáculo de la naturaleza lo ha movido con emocion saludable.

Sin embargo, nuestro espíritu y nuestro corazon no están aun satisfechos.

El gran trabajo á que acabamos de dedicarnos nos ha instruido en la ciencia del mundo; nos ha iluminado acerca del valor real de nuestra Tierra y sobre el de sus habitantes; nos ha aislado como otros tantos seres insignificantes perdidos en la universalidad de los mundos; nos ha manifestado nuestra miseria y nuestra inferioridad. Está bien. — Pero la obra sería incompleta si se detuviese aquí.

Nosotros no queremos quedar aislados del resto del mundo; no queremos estar friamente sentados en el vacío, y considerarnos como extraños en esta inmensa ciudad de la creacion. Nuestros derechos de ciudadanos están inscritos en el fondo de nuestras almas y en nuestras frentes de hombres; no podemos ni queremos sustraernos á su voz. Legítimas aspiraciones se manifiestan en nosotros: queremos sentir los lazos desconocidos que nos unen á la vida universal de las almas. Esta es la plegeria invocadora que se eleva desde el fondo de nuestro sér hácia el cielo de las estrellas.

¡Sí, nos habeis aparecido en vuestra espléndida

vestidura, astros magníficos que resplandecéis en el éter! Hemos ascendido hasta las regiones lejanas que recorreis en los cielos; hemos seguido las líneas sinuosas de vuestras vastas órbitas; hemos observado las transformaciones que las leyes de la luz y del calor ejecutan en vuestra superficie; hemos asistido á los cuadros que la mano sábia de la Naturaleza hace aparecer sobre vuestros campos al rayar el dia, á la puesta del astro-rey, ó durante vuestras noches estrelladas. Hemos visto esas cosas; hemos comprendido cuán poco digna es nuestra morada de ser comparada con la vuestra; hemos juzgado con mas acierto el intervalo que nos separa de vosotros, astros sublimes! Hemos conocido mejor la distancia que aleja nuestra raza primitiva de las gloriosas razas cuya residencia sois....

Pero, ¿nos sois tan extrañas como pensamos, oh razas lejanas que seguís con nosotros los variados caminos del cielo? ¿No recorreis un ciclo de destinos semejante al que nosotros recorremos aquí abajo? ¿no sois arrastradas hácia el mismo término? ¿no caminamos juntos al mismo fin? Responded, oh poblaciones desconocidas, ¿sabeis si no existen otros lazos de relacion entre nosotros mas que esos rayos luminosos que se envian mutuamente nuestras moradas? ¿Sabeis si la unidad y la solidaridad de la creacion no se extiende á cada uno de nosotros, átomos pensadores, y si no deberemos encontrarnos algún dia y reconocernos? ¿Habeis averiguado si nuestros primeros padres fueron hermanos ántes de bajar á cada una de vuestras patrias, y establecer en ellas la cuna de otras tantas familias humanas? Decidnos, ¿hácia qué punto somos llevados todos, planetas y soles; qué lugar de descanso buscamos al través de los espacios, y cuál es esa última morada en donde debemos reunirnos?

¡Oh, no! ¡no nos sois extrañas, oh blancas estrellas que centelleais dulcemente durante la noche profunda!

Toda alma que se ha dejado extasiar en vuesta contemplacion no ha podido librarse del sentimiento de simpatia que se desprende de vuestra mágica mirada. Ahora, sobre todo, que se han hecho mas visibles las regiones de la inmortalidad, desde la aurora sagrada en que la mano de Urania separó el velo que las ocultaba; ahora que el cielo se nos ha aparecido en su grandeza y en su verdad; nos hemos hecho grandes rompiendo el estrecho circulo de los dogmas antiguos, y que nuestra vista de súbito se ha aumentado, abrazando la extension del universo. Os habeis acercado á nosotros, oh doradas hijas del cielo! Habeis derramado sobre nuestras frentes la inspiracion que las musas de otros tiempos no pueden ya comunicarnos; nos habeis inundado de luz, y hemos comprendido vuestra sublime enseñanza.

¡Oh, noche majestuosa! ¡cuánto mayor se ha hecho tu esplendor ante nuestros ojos desde que hemos vislumbrado la vida bajo tu muerte aparente! ¡cuán deliciosas se han hecho tus armonías! ¡cómo se ha trasfigurado tu espectáculo ante nuestras almas! ¡Oh Pleyadas lejanas, cuya difusa claridad nos arrebatara tan léjos de la Tierra, cuánto me complacia yo en contemplaros en el silencio de la media noche! ¡complácime en ver descansar sobre vosotras el enjambre de mis pensamientos, porque sois una estacion brillante del infinito de los cielos! Empero ahora que estoy viendo en vuestro múltiple centelleo otros tantos centros donde están reunidas familias humanas; ahora que en ese tan plácido resplandor creo reconocer las miradas de hermanos desconocidos, la mirada quizá de los séres queridos que tanto amé, y que la *Muerte* inexorable ha arrebatado léjos de mi, de ese sér, sobre todo, que voló con la sonrisa en los labios para no dejarme adivinar sus sufrimientos, y que ahora está allí, meditando acaso en algun punto oscuro de una tierra desconocida, recordando con tristeza inexplicable nuestros

interrumpidos amores, y buscando como yo miradas perdidas en el cielo... ¡Oh! ahora os amo yo, Pleyadas refulgentes; yo os amo, encantadoras Estrellas; yo os amo como el peregrino ama los lugares de su peregrinacion, como ama el altar adonde tienden sus votos, y sobre el cual depositará algun dia el beso de sus aspiraciones mas queridas!

Todo es grande ahora, todo es divino para nosotros. No es la naturaleza únicamente el trono exterior de la divina magnificencia, es tambien la expresion visible del poder infinito, la imágen de la grandeza suprema. Otras veces considerábamos la Tierra que habitamos como sola en la naturaleza y creíamos que, siendo la única expresion de la voluntad creadora, era el solo objeto de la complacencia y del amor de su Autor. Nuestras creencias religiosas estaban fundadas sobre este sistema egoista y mezquino. Creíamos entonces á nuestra raza bastante importante en su valor absoluto para ser el fin de una creacion que dependia toda entera de nuestros destinos; para nosotros el principio de la Tierra era el principio del mundo; así como el fin de la Tierra nos representaba la consumacion de todas las cosas. La historia de nuestra raza era la historia de Dios mismo: tal era el fundamento de nuestra fé. Cuando nuestras miradas procuraban sondar las regiones de nuestra inmortalidad futura, asistíamos al fin del mundo, y la hora en que el último hombre deberá desaparecer de la Tierra caduca y helada, nos parecia deber marcar al mismo tiempo la extincion del universo actual y una revolucion general en la obra divina. Ahora esas ideas falsas se han alejado de nuestros espíritus mejor iluminados; conocemos mejor nuestro estado real. Sabemos que la Tierra no es mas que un astro oscuro, y que su habitante solo es un miembro de la inmensa familia que puebla la creacion entera. Sabemos que astros resplandecientes se extin-

guen solitarios un día ú otro, y que el mundo no varia por un acontecimiento tan insignificante como la muerte de un sol, ni con tanta mas razon por la muerte de un pequeño planeta como el nuestro. Nuestra raza toda entera pudiera ser destruida esta noche por un soplo mortal, sin que de ello tuvieran conocimiento los demás mundos, ni nada se manifestara en la marcha habitual del universo.

Desde entonces, las Tierras que se balancean en el espacio, las hemos considerado como estaciones del cielo y como las regiones futuras de nuestra inmortalidad. Allí está la Mansion celestial de muchas moradas, y allí, donde entrevemos el lugar á que han llegado nuestros padres, reconocemos el que nosotros habitaremos algun día. Toda creencia, para ser verdadera, debe estar conforme con los hechos de la naturaleza. El espectáculo del mundo nos enseña que la inmortalidad de mañana es la de hoy y la de ayer, que *la eternidad futura no es otra que la eternidad presente*; esta es nuestra fé. Nuestro paraíso es el infinito de los mundos ¹.

Tambien reconocemos, con un placer infinito en el alma, cuán grande es el Dios de nuestra adoracion, y cuán elevado está sobre las creaciones del espíritu humano. Desde lo alto de las cumbres eternas adonde nos ha conducido la contemplacion de los cielos, la vanidad de la Tierra y de las cosas terrestres se ha manifestado en su estado real. Y los pueblos que se degüellan por la propiedad de un grano de polvo, y los hombres ambiciosos que se arrastran por un poco de oro ó un poco de gloria, y las bellezas pasajeras que cautivan nuestros corazones y arrebatan nuestros días mas hermosos, todo interés, todo afecto terrestre ha perdido su primer prestigio para aparecernos en su grandeza relativa. Interin

1. Esta tesis ha sido desenvuelta en nuestro *Discurso sobre los Destinos de la Astronomia*. (Véase *Études et Lectures*, t. III.)

las criaturas venian de esta manera á tomar á nuestros ojos el rango que á cada cual pertenece, el Criador, en medio de su profunda majestad, se hacia mas grande á medida que se ensanchaban nuestras concepciones. Tambien creemos, bajo la inspiracion de la verdad, comprender mejor el esplendor divino sin definirlo, y sin darle forma, adorando solamente su eterna presencia, mas bien que rebajarlo á nuestras concepciones groseras y pretender representarlo bajo las miserables imágenes que nos son accesibles.

El destino moral de los séres nos ha parecido de este modo íntimamente ligado al órden físico del mundo, porque el sistema del mundo físico es como la base y la armazón del sistema del mundo moral. Son dos órdenes de creaciones necesariamente solidarias. Debemos considerar á todos los séres que componen el universo ligados entre sí por la ley de unidad y solidaridad, tanto material como espiritual, que es una de las primeras leyes de la naturaleza. Debemos saber que nada nos es extraño en el mundo, y que nosotros no somos extraños á ninguna criatura, porque un parentesco universal nos reúne á todos. Ya no es solamente la atraccion física de los mundos la que constituye su unidad; no son ya solamente esos rayos de luz, de calor, de magnetismo, los que estrechan á todos los globos del espacio en una sola red; no son ya solamente los principios universales de la verdad los que establecen lazos indisolubles entre las razas estelarias; es una ley mas grande que las precedentes, es la ley divina de la familia. Todos somos hermanos: la verdadera patria de los hombres es el universo infinito, al cual todas las lenguas, por un convenio maravilloso, han dado el nombre de *Cielo*, — cielo físico y cielo espiritual. No digamos con Voltaire que el habitante del sistema de Sirio se rie del gusanillo de Saturno, como este se burla á su vez del animalculo de la Tierra.

No digamos con Diderot : ¿Qué me importa el mejor de los mundos si yo no le pertenezco? » Hagamos justicia al plan de la naturaleza, reconozcamos el lugar en que estamos : la inmensa solidaridad que reúne á todos los mundos, grabe en nosotros el sello de su grandeza.

Es muy cierto que el espectáculo de la noche se ha transfigurado ante nuestras almas desde que reconocemos en esta inmensidad sin límites el teatro futuro de nuestra inmortalidad. El cielo que admiramos, ese verdadero cielo, no nos cuenta solamente la gloria de Dios, nos muestra la obra divina misma ejecutándose en nuestra presencia. La antorcha de la Astronomía ilumina esas regiones misteriosas, que estaban expuestas á quedársenos desconocidas ; á pesar de los esfuerzos de otras ciencias ménos poderosas ; nuestras aspiraciones, cortadas en flor por la Muerte, proclamaban altamente nuestra inmortalidad sin descubrirnos el campo donde debia desplegarse ; hoy conocemos ese campo ; al infinito de nuestras aspiraciones la Astronomía dá el infinito del universo, y desde hoy podemos contemplar el cielo en donde nos esperan nuestros destinos.

Veamos *la Humanidad ó raza colectiva*. Los séres desconocidos que habitan todos esos mundos del espacio, son hombres que participan de un destino semejante al nuestro. Y esos hombres no nos son extraños : los hemos conocido ó deberemos conocerlos algun dia. Son de nuestra inmensa familia humana ; pertenecen á *nuestra* raza. ¡ Oh magos de la eterna verdad, apóstoles del sacrificio, padres de la sabiduría, tú, Sócrates, que bebiste la cicuta ; tú, Platon, su discípulo, — Vosotros, Fidias y Praxiteles, escultores de la belleza, — vosotros, discípulos del Evangelio, Juan, Pablo, Agustin, — vosotros, apóstoles de la ciencia, Galileo, Kepler, Newton, Descartes, Pascal, — vosotros, Rafael y Miguel Angel, cuyas concepciones serán siempre nuestros modelos, — vosotros, cantores

divinos, Hesiodo, Dante, Milton, Racine, Pergolese, Mozart, Beethoven, ¿habreis cambiado de naturaleza ; no sereis ya los hombres que hemos conocido y admirado, y dormireis ahora, verdaderas mómias, eternamente reclinadas en vuestro asiento postrero? No ; la inmortalidad no sería mas que una sombra sin la actividad, y en tanto apreciaríamos á la tumba como al Nirvana soñado por los buddistas. La vida es lo que queremos, no la muerte eterna. La vida eterna, la habeis conquistado, almas ilustres, no por los trabajos de una sola existencia, sino por los de muchas vidas continuándose una á otra ; la habeis conquistado, no como un campo de reposo al que se va á dormir despues del combate, sino como una tierra prometida en la que habeis entrado y en donde termináis actualmente las obras de una existencia gloriosa. Ahora desplegais esas facultades brillantes de las cuales la Tierra no ha conocido mas que el gérmen, y que reclamaron para desarrollarse otros soles mas fecundos que el nuestro ; dais curso á las aspiraciones sublimes que apenas se habian adivinado sobre esta Tierra, donde ningun objeto era verdaderamente digno de atraerles, donde ninguna fuerza era capaz de sostenerlas ; proseguís, en fin, en la actividad incesante de vuestro espíritu para alcanzar el objeto de vuestra predileccion. Ahí es donde estais, ahí, en ese cielo sereno que nos domina, en medio de esos luminares inalterables que constelan el éter. Nosotros os contemplamos desde aquí en esas moradas lejanas, y conocemos con ternura que esos mundos silenciosos no nos son extraños, como lo pensábamos en otro tiempo. Mas felices que nosotros, que nos vemos todavía traqueados sobre las olas de la incertidumbre, habeis alzado los velos del universo ; acaso percibís desde ahí arriba nuestro pequeño Sol, y distinguís la pequeña mancha que se llama la Tierra y que reconocéis como vuestro antiguo aposento. Quizá poneis en accion las

fuerzas del pensamiento y conocéis sus leyes, y tal vez escucháis desde esa vuestra morada la plegaria admirativa de los que os veneran!

De cualquier modo que sea, y no obstante la obscuridad que aun nos rodea cuando intentamos visitar en espíritu ese mundo misterioso, debemos, como discípulos fieles de la filosofía natural, esforzarnos para comprender en su sencillez y en su grandeza la enseñanza siempre unánime de la naturaleza. Pluralidad de mundos, pluralidad de existencias: ved dos términos que se completan y se ilustran mutuamente. Pudiéramos ahora investigar si el segundo no es tan racional, tan admirable y hasta tan seductor como el otro: pero demostrando el primero hemos conseguido el fin de esta obra. Al lector corresponde interrogar á su conciencia con la sinceridad de las investigaciones de buena fé; á él incumbe libertar su alma de toda traba que pudiera oponerse aun á la manifestación íntegra de su libertad; á él toca entregarse al vuelo instintivo de esta alma, que por sí misma se encaminará hácia las regiones luminosas de la verdad.

La doctrina de la Pluralidad de Mundos nos ha conducido á las puertas de una creencia religiosa fundada sobre el verdadero sistema del mundo; la misión de este libro no es entrar en la liza ni discutir los elementos de esta creencia; nosotros, por tanto, nos detemos aquí, felices y satisfechos de haber llegado hasta el dominio religioso, y haber abierto sus puertas. La Astronomía tiene en la mano las llaves de este dominio; ella ha sentado los cimientos de la filosofía del porvenir: nosotros lo reconocemos con entusiasmo, y agradecemos á la Ciencia del universo el habernos conducido hasta allí. Pero no corresponde á esta Ciencia edificar las ciudades de la metafísica; filósofos hay ya que se han impuesto el cumplimiento de esta tarea; otros vendrán muy pronto que continuarán la obra y disiparán las últimas tinieblas que

pesan todavía sobre las verdaderas ciencias de la teología y de la psicología¹.

Pero no podemos dispensarnos de expresar aquí cuán dulce es ver el universo tal como nosotros lo vemos actualmente, en su belleza real, en su grandeza, en su objeto y en su destino. Las nubes que lo oscurecían se han disipado, nuestros ojos han sido purificados de las causas que hacían á nuestra visión confusa, y contemplamos en su claridad natural la obra sublime de la creación. Esta revelación de la ciencia lleva en sí los caracteres de la verdad. Colma las aspiraciones innatas de nuestra alma y satisface los afectos de nuestro corazón; es un privilegio que no pertenece sino á la verdad únicamente. Una vez concebida esta idea de la creación, nada puede apartarnos de ella, nada puede arrebatarle nuestra simpatía, que ha conquistado desde el primer instante; conocemos que ella toca á nuestros destinos supremos, á nuestros más caros intereses, á todas las funciones de nuestro ser; sentimos en ella la ley sagrada que nos domina á todos, no con una dominación onerosa á la cual deseáramos sustraernos, sino con una dominación bienhechora que asegura nuestra libertad; nuevo privilegio que tampoco pudiera pertenecer más que á la verdad sola. Por esta ley, los atributos inviolables de la Divinidad quedan garantizados al mismo tiempo que los intereses de los seres creados; y el Mundo, obra divina, resplandece bajo su doble aspecto en toda su grandeza.

Nuestra doctrina además de contener en sí todos los caracteres de la verdad natural, nos cautiva por su belleza, está llena de unción y de arranques de entusiasmo. Cuando la contemplamos, y nos dejamos penetrar por

1. Estas precisiones del autor han tenido muy pronto un principio de confirmación. El Abogado Pezzani, laureado del Instituto, ha publicado una obra con las miras que acaba de indicarse, sobre la *Pluralidad de Existencias del Alma, de conformidad con la doctrina de la Pluralidad de Mundos.*

(N. del editor francés.)

las ideas que inspira, gustamos esa felicidad que derrama siempre en nosotros la contemplacion de la naturaleza, y sentimos instintivamente en ella el elemento de la vida de nuestra alma. Es una doctrina santa, que dá á toda criatura su rango verdadero y que á un mismo tiempo ennoblece á todos los séres ante nuestra fé. Es una doctrina inefable que transfigura al universo y que dá á nuestro espíritu un nuevo sentido por el cual se pone en comunicacion con todos los hijos de la naturaleza. Es verdaderamente la expresion mas bella y mas grandiosa de la obra divina. No es un sistema elevado por la mano de los hombres; ni una teoría imaginada por la fantasía caprichosa de nuestros espíritus, no ha sido inventada por los filósofos ni soñada por los visionarios, no ha sido hecha, sino hallada; porque es una verdad preexistente á nosotros. Es la Palabra que cae del cielo estrellado durante la noche oscura y que toda alma bien dispuesta puede escuchar y comprender.

Hemos escogido para abrir esta obra, la escena que convenia mejor á la naturaleza de nuestro asunto: nos hemos transportado con el pensamiento á esas noches espléndidas en que reinan una paz profunda y una calma inalterable. En medio de este espectáculo, nos ha parecido que un sentimiento indefinible de tristeza ocupaba el fondo de nuestra alma, porque nos creíamos extraños á este universo magnífico, que nos atraía como un abismo, sin apagar nuestra sed de conocer. Al terminar este discurso, dejamos á nuestro espíritu volver á la soledad que ama, á la contemplación de los cielos.

Ahora nuestros ojos alcanzan mas, comparan con mas exactitud, y aprecian mejor la extension que nos rodea; nuestro espíritu mejor iluminado y mas francamente accesible á las impresiones del mundo exterior, juzga los objetos celestes en su verdadera grandeza. Al presente sabemos en donde estamos, conocemos el valor

real de nuestra patria, hemos visitado las naciones circunvecinas, y hemos dirigido nuestras miradas á las regiones lejanas que se suceden en el espacio. La observacion y el estudio de la extension nos han instruido sobre nuestro doble estado, espiritual y material. Nuestra ciencia y nuestra filosofía empapadas en una vida nueva se han renovado y se han sentado sobre la verdad demostrada, que será de hoy mas la piedra angular del edificio de nuestras creencias. Por tanto, no es ya un sentimiento de tristeza el que nos resulta de la contemplacion del cielo, sino un sentimiento de felicidad íntima cuyas huellas quedarán grabadas con un perfume de esperanza. Nos reconocemos como de la gran familia de los astros; sabemos que esos mundos lejanos no nos son extraños, y que la soledad aparente que los envuelve no es mas que una ilusion causada por la distancia, como sucede con nuestras ciudades mas laboriosas y mas activas, cuya suntuosidad y estrépido se desvanecen y desaparecen á lo léjos. Sabemos que acercándonos á ellos encontraríamos la vida en el esplendor de su fuerza y de su actividad, y que, lo mismo que la Tierra, son los talleres del trabajo humano, las escuelas donde el alma engrandeciéndose viene á instruirse y desarrollarse progresivamente, asimilándose uno tras otro los conocimientos á que tienden sus aspiraciones, y acercándose así cada vez mas al término de su destino. El conocimiento del universo ha hecho desaparecer las incertidumbres que demasiado largo tiempo nos envolvieron en sus sombras; ha fijado nuestra filosofía. La concepcion de la Unidad de Mundos á que nos hemos elevado, nos permite al fin sentir los lazos misteriosos que unen nuestra colonia á las demás colonias del celeste archipiélago; es á la vez la base de nuestras creencias religiosas, la brújula indicadora de los puntos cardinales, la lumbrera por donde entrevemos el campo etéreo al cual habrá de transportarnos el ardoroso vuelo de nuestras almas.

Ved aquí levantado nuestro edificio, cuando ménos en su conjunto. *Exegi monumentum ære perennius* ¹, decía Horacio, cuyo edificio, mas opulento que el nuestro, estaba construido de mármol y decorado de mosaicos preciosos. No damos la última mano á nuestro trabajo con el mismo parecer; no tenemos ningun derecho á la fiereza con que se revestía el poeta epicúreo, y nuestra Musa no es la suya. Pero conviene, sin embargo, ántes de cerrar el libro, volver á examinar sumariamente en conjunto los elementos fundamentales que han servido para edificar nuestra obra.

Hemos escudriñado primero los archivos de la historia humana para buscar en ellos los nombres y las ideas de los que han enseñado nuestra doctrina, y hemos reconocido que los génios ilustres de todas las edades han sido sus apóstoles mas ó ménos convencidos, mas ó ménos elocuentes, segun el grado de ciencia de que podían disponer en las diversas épocas en que aparecieron. Despues hemos observado en detalle y estudiado á cada uno de los mundos planetarios que forman parte del grupo á que la Tierra pertenece; mundos que hemos reconocido habitables como el nuestro; luego, discutiendo los elementos especiales que caracterizan á cada uno, hemos visto que la vida ha podido aparecer en ellos como entre nosotros, en armonía con sus propias condiciones de

1. « Construí un monumento mas duradero que el bronce. » El poeta latino se aplaude de haberse asegurado la inmortalidad por sus versos. El filósofo Flammarion se la ha asegurado con la presente obra y con sus magníficas producciones *Dieu dans la Nature*. — *Les Mondes imaginaires et les Mondes réels*. — *Les Merveilles célestes*. — *La pluralité des Mondes*, y algunas otras.

Ovidio dijo tambien de una manera mas enérgica :

Jamque opus exegi, quod nec Jovis ira, nec ignis,
Nec poterit ferrum, nec edax abolere velustas.

Esto es : « He sabido levantar un monumento que no teme el rayo de Júpiter; en vano intentarán el hierro, el fuego y el tiempo, conjurados contra él, reducirlo á polvo. » Flammarion pudiera decir otro tanto.

(N. del T.)

existencia. Examinando en seguida el estado de su vida en la superficie de la Tierra, así en las edades antiguas como en su período actual, hemos comprobado que á cada uno de los séres lo distingue una diversidad maravillosa, segun los centros en donde han nacido y en donde deben vivir, y que estos séres están siempre en correccion íntima con el estado orgánico del lugar en que han recibido el sér. Avanzando mas, analizando la fuerza de vida y midiéndola en sus diversas manifestaciones sobre nuestro mundo, en los retiros mas ocultos, y hasta en el dominio microscópico de los infinitamente pequeños, hemos reconocido que la fecundidad de la naturaleza es infinita; que la mayor suma de vida es siempre completa, y, que, en donde quiera que se presentan los elementos de esta vida universal, la vida aparece por sí misma bajo las formas posibles. Inquiriendo entonces si esta universal difusion de la vida en la superficie de la Tierra no dependeria de una fecundidad excepcional de nuestro globo, hemos examinado las condiciones de habitabilidad de este globo, y hemos visto que, léjos de ser el astro mas favorablemente establecido por la aparicion y conservacion de los séres vivientes, está, por el contrario, en una condicion muy inferior, tanto en su régimen astronómico como en su constitucion geológica especial; hemos visto que si la vida ha nacido aquí, es porque la naturaleza engendra séres do quiera que hay residencia para recibirlos, porque no los ha creado solamente para los mundos superiores, y que no se ha agotado poblando esos mundos con una multitud de criaturas. — De este modo la doctrina de la Pluralidad de Mundos se ha establecido sobre todos los hechos que constituyen el orden físico del mundo.

La contemplacion general del cielo vino despues á esclarecernos acerca del rango ocupado por la Tierra en la creacion sideral, y á establecer que el globo que habi-

tamos está invisiblemente perdido entre las miriadas de ástros que se suceden en la inmensidad. Esta contemplación del cielo presentó á la Tierra, átomo, ante lo infinito de los mundos.

Pasando de la habitabilidad á la habitacion, hemos inquirido cuál puede ser la naturaleza física y el estado moral de los hombres de los planetas. El resultado general ha sido que una gran diversidad distingue á las razas planetarias, tanto en la constitucion física de los cuerpos cuanto en el grado de elevacion de las almas. Pero hemos reconocido que la unidad espiritual del mundo es tan verdadera y tan necesaria como su unidad física; que esta unidad espiritual está constituida por los grandes principios absolutos de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno, que enlazan todas las inteligencias á la Inteligencia suprema; que el complejo de los mundos forma una gerarquía progresiva, y que la Tierra está asentada en uno de los rangos inferiores de este vasto conjunto.

Tal es, en su exposicion sumaria, la demostracion que hemos hecho de la doctrina general de la Pluralidad de Mundos.

Ahora bien: despues de las observaciones, las pruebas, los ejemplos, los hechos de todas clases, de todos géneros que sucesivamente hemos hecho comparecer ante nosotros para discutirlos, analizarlos y aplicarlos á la demostracion de nuestra doctrina; despues de todos los elementos que hemos reunido, despues de todos los argumentos que hemos invocado, contra los cuales ninguna objeción sería ha podido prevalecer; despues de esta síntesis, en fin, cuyo valor, así lo esperamos, ha dado por resultado llevar la conviccion moral al ánimo del lector, algunos espíritus desdichados, como se encuentran todavía en algunas sectas, quisieran buscar un refugio postrero en una razon que no existe, diciéndonos que, á pesar de la posibilidad incontestable de lo que hemos

sentado, *nada prueba que eso sea en realidad!* — Si se tuviese el valor de buscar aquí como refugio semejante razon, nosotros sentariamos esta objecion en otros términos, y la traduciríamos así:

Merced á los descubrimientos de la astronomía, conocemos la grandeza comparativa del universo y la exigüidad de la Tierra, la inmensidad del espacio, la pluralidad de mundos habitables, las distancias de los astros y su número incomensurable, las leyes que los rigen, las fuerzas que los sostienen y que los animan; hemos visto al universo astral desplegar sus magnificencias, y el infinito de los cielos se ha entreabierto ante nuestras miradas. Por medio de estas consideraciones sublimes todo se ha ennoblecido, todo se ha divinizado; el mismo Dios nos ha parecido mas grande, mas poderoso, mas majestuoso todavía; y nosotros hemos percibido toda la belleza, toda la verdad de este espectáculo. Pero ved aquí una idea en la cual no habíamos pensado aun: si todo ese espléndido universo, á pesar de sus millones y sus millones de mundos, no fuese mas que un universo de aparato..... una perspectiva inútil de falaces apariencias.....

¡Un universo de muestra! ¡Esto es, — perdonadnos la expresion, — una inmensa linterna mágica! ¡una fantasmagoría hecha de sombras y de apariencias! Fantasmagoría, ¡ay! embriagadora y fascinante, colocada delante de nuestras almas para inducir las en error, — encantadoras imágenes que el Sér supremo se divierte en hacer danzar delante de nuestras embobadas figuras, como en esos teatrillos al aire libre hacen representar á personajes de carton para entretener á los niños!!!

Ved ahí el último refugio de los que no admiten aun la Pluridad de Mundos.

El que se crea bastante grande para colocarse en frente de la obra divina y sostener esta monstruosa interpretacion, el que sea bastante vil para arrojar semejante sacrilegio á

la cara del Sér supremo, que se levante y acepte la responsabilidad de su acto. Pero el que ha comprendido la verdad de su creacion y ha admirado su grandeza, inclínese ante ella, y proclame con nosotros la doctrina de la Pluralidad de Mundos. Esta verdad nos ha precipitado en una profunda humillacion y nos ha cubierto de oscuridad, cuando nos creíamos tan grandes en la escena del mundo; nuestro fastuoso pedestal se ha disipado como un sueño, y nos consideramos bien pequeños y bien miserablemente perdidos en el torbellino de las cosas. Pero si la doctrina de la Pluralidad de Mundos, con una mano ha juzgado nuestra presuncion ridicula y nos ha abierto los ojos sobre nuestras tinieblas, ha sido para elevarnos grandemente con la otra, librando á nuestras almas de las trabas groseras que las sujetaban á la Tierra. Y ved ahí que la irradiacion de las regiones inmortales ilumina á estas almas hasta ahora tan llenas de inquietudes; ved ahí que van á alzar su vuelo hácia queridas esferas. Han reconocido su inferioridad actual en el órden general; pero han vislumbrado la grandeza de su destino. Se han visto bien bajas; pero sintiendo al mismo tiempo estremecer sus alas, han contemplado con amor las regiones superiores; porque á lo infinito de sus aspiraciones la Pluralidad de Mundos ha abierto el infinito del universo. ¿Qué mas desean? Se han afirmado en sus dulces y demasiado tímidas esperanzas; se han saciado en sus deseos mas ardientes; están colmadas en sus votos mas queridos. ¡Oh! han comprendido toda la grandeza de la doctrina, y se sienten instintivamente adheridas á ellas.

¿Volveremos ahora á la oscuridad en que dormíamos ayer, y nos dejaremos caer de nuevo en los abismos de la duda? La luz brilla allí arriba: ¿cerraremos los ojos para no verla? Los astros hablan, y su palabra elocuente llega hasta nosotros: ¿permaneceremos sordos á su voz? Seamos humildes para merecer comprender la enseñanza

de la naturaleza, pero seamos sinceros cuando la hayamos comprendido. Reconozcamos quiénes somos, y proclamémoslo altamente. Si se han necesitado mas de sesenta siglos ántes que las ciencias exactas hayan podido presentar los elementos de nuestra certidumbre, iluminarnos sobre nuestro rango y permifirnos llegar al conocimiento de nuestro destino; si ha sido precisa esta larga y santa incubacion de años para animar con el soplo de vida nuestra bella doctrina, y afirmar su verdadera grandeza; ¡oh! guardémosla preciosamente como una riqueza del alma; consagrémosla al Dios de las Estrellas, — y cuando las noches sublimes, cubriéndonos de magnificencias, énciendan en el oriente sus adiamantadas constelaciones y despleguen en el cielo sin limites sus misteriosos rasplandores..... al través de la inmensidad de los Mundos, por entre los cielos estelíferos, bajo el plateado velo de las nebulosas lejanas, en las profundidades incommensurables de lo infinito, y hasta mas allá de las regiones desconocidas donde se descubre el esplendor éterno..... ¡saludemos hermanos míos, saludemos todos: esas que pasan son las Razas hermanas nuestras!